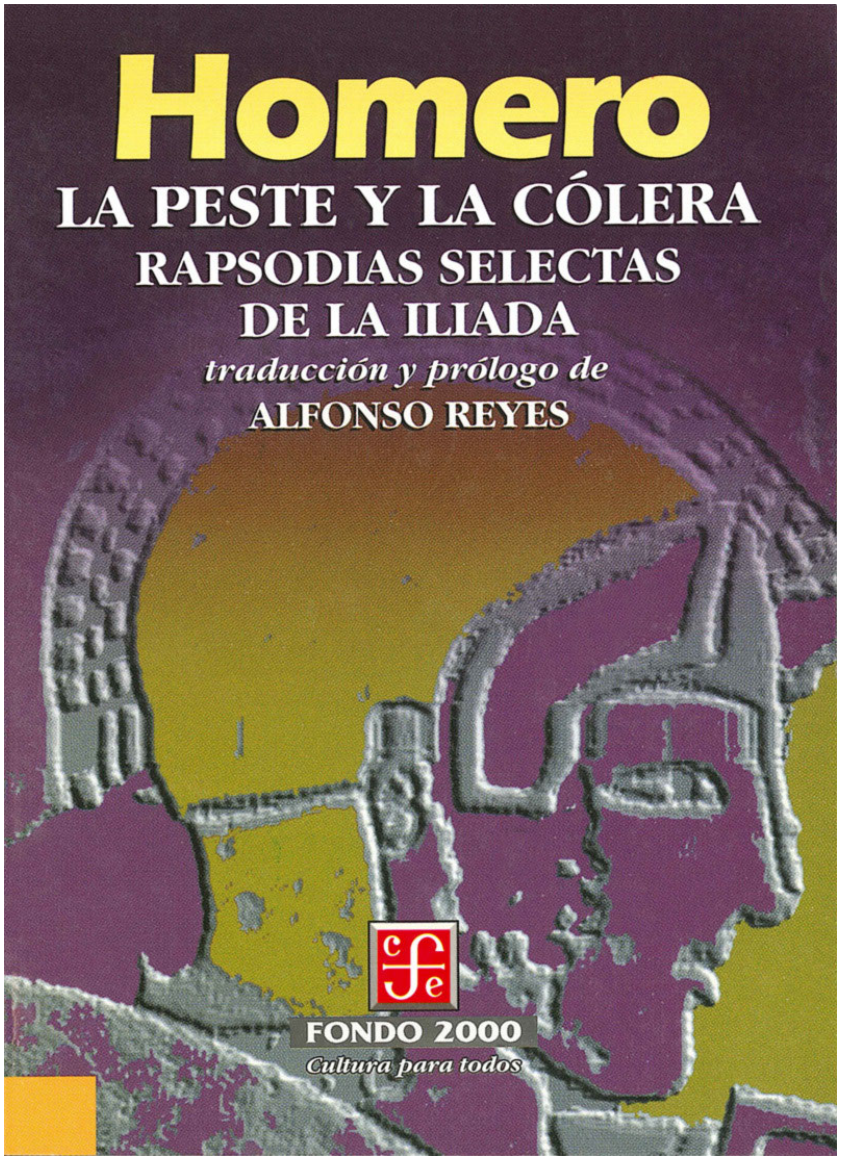
Homero

LA PESTE Y LA CÓLERA

RAPSODIAS SELECTAS DE LA ILIADA

traducción y prólogo de

ALFONSO REYES



FONDO 2000

Cultura para todos

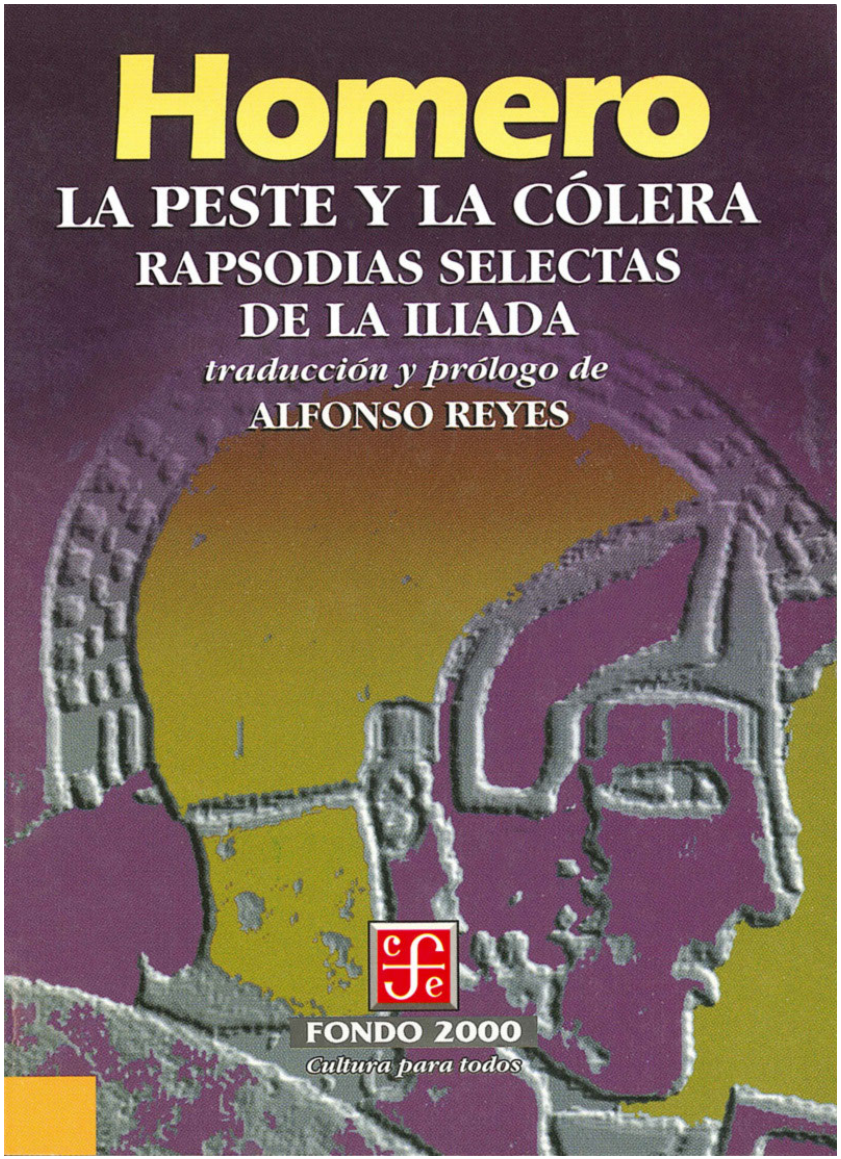
Homero

LA PESTE Y LA CÓLERA

RAPSODIAS SELECTAS DE LA ILIADA

traducción y prólogo de

ALFONSO REYES



FONDO 2000

Cultura para todos

HOMERO

La peste y la cólera

Rapsodias selectas de la "Iliada"

Traducción y prólogo de ALFONSO REYES

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1996

Primera edición electrónica, 2018

Tomado de

Obras completas de Alfonso Reyes

Diseño de portada: Pablo Tadeo Soto

D. R. © 1996, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Comentarios:

editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel. (55) 5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc. son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicana e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-5572-1 (ePub)

Hecho en México - Made in Mexico

SIETE CIUDADES en Grecia se disputan el honor de haber sido cuna de Homero, poeta ciego de quien tampoco se sabe la fecha exacta de su nacimiento. Se supone que vivió durante el siglo IX antes de Cristo; se cree con mucha seguridad que fue el autor de la Iliada y la Odisea, largos poemas que constituyen la base de la literatura de la cultura de Occidente.

Al escribir estas extensas narraciones, Homero realizó una suerte de historiografía poética y de arqueología literaria, pues los hechos que refiere pertenecen a un pasado ocurrido cuatro siglos antes de su vida.

En la Odisea, Homero relata el periplo de Ulises y los argonautas las tentaciones de Calipso y la paciente fidelidad de Penélope. La Iliada narra los últimos cuatro días de la guerra entre griegos y troyanos. Paris - Alejandro había raptado a la reina Helena, bella esposa del rey Menelao. Los héroes de la Hélade, capitaneados por Agamemnón, rey de reyes se presentan con sus ejércitos ante las murallas de Troya para reclamar la liberación de Helena.

Héctor y su hermano Paris, hijos del anciano Príamo, rey de Troya, se encargan de la defensa de la ciudad. La batalla no sólo se libra entre los mortales, sino también entre los dioses del Olimpo que toman partido por uno u otro bandos.

FONDO 2000 presenta una selección de las rapsodias que componen la Iliada de Homero, en la traducción que realizara Alfonso Reyes de las nueve primeras rapsodias y que aparece en el tomo XIX de sus Obras completas, publicadas por el Fondo de Cultura Económica. En un exceso de modestia, Reyes calificó su traducción de mero "traslado", pero en realidad se trata de una magna hazaña editorial, pues tradujo los originales hexámetros griegos —versos de seis sílabas— en alejandrinos, o versos de 14 sílabas.

Prólogo

No leo la lengua de Homero; la descifro apenas. "Aunque entiendo poco griego" —como dice Góngora en su romance—, un poco más entiendo de Grecia. No ofrezco un traslado de palabra a palabra, sino de concepto a concepto, ajustándome al documento original y conservando las expresiones literales que deben conservarse, sea por su valor histórico, sea por su valor estético. Me consiento alguna variación en los epítetos, cierta economía en los adjetivos superabundantes; castellanizo las locuciones en que es lícito intentarlo. Hasta conservo algunas reiteraciones del sujeto, características de Homero, y muy explicables por tratarse de un poema destinado a la fugaz recitación pública y no a la lectura solitaria. Pero adelanté con cuidado y prudencia, sin anacronismos, sin deslealtades. La fidelidad ha de ser de obra y no de palabra. En su versión perdida del debate Por la Corona, decía Cicerón: "No creí necesario traducir palabra por palabra, pero conservé el valor y la fuerza de todas ellas: no las conté, sino las pesé". Una simple comparación entre mi texto y las traducciones corrientes explicaría por sí sola mi propósito. Sino para fines lingüísticos, mi Homero podrá ser citado sin peligro para todo objeto literario, filosófico e histórico. [...]

Respecto a la autoría de la Iliada, carácter y texto del poema, la doctrina más sana y más nueva puede resumirse así:

1) Hay un poeta, un Homero, que responde de la asombrosa unidad artística de la obra, de su creciente arrastre patético y de su alto sentido moral.

2) Este poeta trabaja sobre leyendas de larga tradición, muy difundidas y aun acaso elaboradas por sus predecesores en poemas más breves.

3) Los hechos reales e imaginarios que narra la Iliada son anteriores a Homero en varios siglos. De las nueve Troyas superpuestas que se han descubierto, la sexta parece corresponder a la Iliada y se supone destruida entre 1194 y 1184 a. C. Algunos sospechan que Homero funde en un solo episodio la destrucción de la sexta Troya y el incendio de la segunda Troya, acaecido por el año 2 000 a. C. Homero es situado

entre los siglos IX y VII a. C.

4) Homero aprovecha a su modo los asuntos hereditarios, los dispone y compone, repite sin duda tal o cual frase o fórmula consagrada o celebrada, e inventa, en general, los símiles que no corresponden a la era micénica, a la era de la guerra troyana, sino a su propia época. No es, pues, un mero compilador, sino que ofrece una nueva redacción poética.

5) Homero escoge, en el conjunto de los ternas que acarrea la saga, uno solo: la cólera de Aquiles y sus consecuencias. Ni toda la historia de la guerra troyana, ni tampoco una "Aquileida" completa. Cincuenta y un días en el décimo año de la guerra. De Aquiles sólo averiguamos lo esencial para apreciar su estado de ánimo y los efectos de su pasión. La mayor parte del poema transcurre en ausencia del héroe, y el poeta lo mantiene presente, como una constante amenaza, mediante una serie de alusiones. La Iliada acaba con los funerales de Héctor, y no nos lleva hasta la caída de Troya.

6) El poeta añade, por su cuenta, algunos incidentes que reserva como sorpresa a sus auditrios y a sus patrones.

7) Añade asimismo algunos elementos de interpretación. No en modo discursivo, no hablando por sí, pero a través de las mismas acciones que nos relata.

8) Añade, también, algunos caracteres, cuidándose entonces de describirlos o explicarlos sumariamente; a diferencia de lo que hace para los personajes ya conocidos, que son objeto de una simple mención.

9) Por otra parte, procura sazonar la obra con relatos digresivos, evocaciones y recuerdos de otras leyendas ajenas a su tema, como para ensanchar el espacio y el tiempo, envolviendo en imágenes lejanas el limitado escenario de la Iliada. Y lo hace con singular tino, ya insertando estas digresiones como antecedentes o futuras consecuencias de su acción principal, ya trayéndolas al caso como aleccionamientos o ejemplos, etcétera. Las constantes reminiscencias de Néstor son garrulerías de viejo que ayudan a completar su retrato.

10) Salvo leves y contadísimas excepciones, en que parece exigirlo así la misma enormidad de los errores humanos que el poeta refiere, éste se oculta detrás de sus figuras, cumpliendo fielmente la regla épica de

objetivación, como convencido de que los señores que lo alquilan para recitar nada quieren saber de él, sino de los héroes que canta.

11) Procede, además, conforme a una técnica ya dramática: deja que los personajes se pinten solos con sus palabras y sus actos.

12) El poema está redactado en un dialecto "prejónico", mezclado de eolio, ático, etc., con adjetivos compuestos acaso inventados, obra todo de una tradición poética que Homero viene a coronar, como lo hizo Shakespeare para el inglés isabelino. Hay formas vetustas y prehelénicas que los mismos homeristas alejandrinos no lograron ya descifrar.

13) El poema fue redactado para la recitación, que acaso se hacía con un ligero sonsonete, sin llegar al canto, y se puntuaba con una especie de batuta.

14) La Iliada, a lo largo de las recitaciones seculares, ha sufrido algunas adaptaciones de oportunidad, algunas adulteraciones voluntarias e involuntarias, e interpolaciones de mayor o menor bulto.

15) La versión canónica de la Iliada, fijada siglos después por los críticos alejandrinos, no difiere en nada esencial del texto que hoy se acepta. A él corresponden también con exactitud los motivos tomados a la Iliada por los pintores de vasos griegos.

A. R.

Cuernavaca, noviembre de 1949

I. La peste y la cólera

El asunto de la Iliada es un episodio de la de Troya: la riña entre Agamemnón, jefe supremo del ejército sitiador, y Aquiles, el más afamado de los guerreros que militan a sus órdenes. El ejército acampa en la costa, por las cercanías de Troya. El sitio lleva más de nueve años. Varias ciudades troyanas han caído, pero la capital sigue resistiendo. 1. Preludio: El poeta anuncia su asunto. 2. La peste: Antecedentes que condujeron a la desastrosa escisión entre los dos jefes. 3. La disputa: Ambos jefes disputan a presencia del ágora y se separan. Aquiles abandona el combate. 4. Aquiles ofendido: Agamemnón le arrebata a Briseida. Aquiles se queja con su madre, la diosa marina Tetis. 5. Criselda a Crisa: Agamemnón restituye a Criseida a su padre, el sacerdote Crises, de Crisa. Intervalo de doce días. 6. En el Olimpo: Imploración de Tetis para que Zeus consienta algunos reveses de los aqueos. Escena entre Zeus, Hera y Hefesto.

1. PRELUDIO

Canta, diosa, la cólera de Aquiles el Pelida funesta a los aqueos, haz de calamidades, que tantas fieras almas de guerreros dio al Hades, y a los perros y aves el pasto de su vida —en tanto que de Zeus las altas voluntades iban adelantando por su propio camino— desde que la disputa enemistó al Atrida, príncipe de los hombres, y a Aquiles el divino.

2. LA PESTE

¿Qué Dios pudo mezclarlos en tan atroz contienda? El hijo de Latona y del Cronión que, airado, lanzó por los ejércitos una peste tremenda. Y morían los hombres, por haber ultrajado al sacerdote Crises el poderoso Atrida. Pronto a dar un tesoro por su hija redimida, Crises llegó a las flotas y al campamento aqueo, y al cetro de oro atadas las ínfulas de Apolo el Flechero, a las huestes no imploraba tan sólo, sino a los dos caudillos, los vástagos de Atreo:

—Atridas, y soldados de las lucientes grebas: Así os den los Olímpicos rendir la altiva plaza de Príamo y tornar sin duelo a vuestras casas, que me deis a mi hija contra el rescate, en prueba de sumisión a Apolo, el que de lejos caza.

A voces los aqueos lo dan por otorgado, honrando al sacerdote y ansiosos del rescate, más impedir no logran que Agamemnón maltrate a Crises y lo aleje con ademán airado:

—¡Que no te encuentre, viejo, rondando nuestros barcos, ni quieras insistir ni tantear tu suerte, que el cetro ni las ínfulas del dios han de valerte! ¡No te la doy! Pues antes, en mi mansión de Argos, haciéndome la cama, labrando en el telar, habrá de envejecer ausente de su hogar. ¡Y vete sano y salvo, no sea que me irrite!

Amedrentado el viejo se va por la ribera de la mar estruendosa, y a solas considera cómo, en sus oraciones, merecer el desquite del hijo de Latona, la de alba cabellera:

—¡Dios del arco de plata que proteges a Crisa y a Cila, sacro albergue, y en Ténedos gobiernas! Si mi mano sumisa te ha ofrecido sagrarios donde de toro y cabro asaba pingües piernas, ¡ay, Esminteo, escúchame y fléchalos de guisa que así paguen mis lágrimas los dánaos nefarios!

Escuchábalo Apolo con ánimo encendido, y como inmensa noche del Olimpo bajaba. Repleta aljaba al hombro y el arco apercibido, a su paso las flechas crujían en la aljaba. Apostado de lejos, tira sobre los barcos, y un chasquido de plata lanza el temible arco. Mulos y perros ágiles se revuelcan entonces; mas luego que las tropas prueban los agrios bronces, los humanos despojos se empiezan a hacinar, y las hogueras fúnebres ardían sin cesar.

3. LA DISPUTA

Durante nueve días los divinos flechazos vuelan por el ejército; mas el décimo día place a la diosa Hera, la de los blancos brazos —quien el mal del aqueo ansiosa compartía—, que, por su influjo, Aquiles el de alígeras plantas llame a todos al ágora. Y él dice y se levanta:

—Temo, varón de Atrida, que, pronto rechazados, desandemos la ruta, si antes a los aqueos peste y guerra sumándose no nos dejan postrados. Un adivino al punto nos diga, o sacerdote, o de sueños intérprete —mensajes son de Zeus—, el porqué del azote de Apolo, y si hay olvido de hecatombes o votos, y si al humo ofrecido de corderos y cabras indemnes en su honor nos libra de la peste y aplaca su furor.

Dice y se sienta, dando sazón para que hable el Testórida Calcas, augur incomparable que escruta en lo presente, pasado y porvenir, y puso a Ilión el rumbo de las aqueas naves por la sapiencia infusa de Febo Apolo. En suaves y medidas palabras les empezó a decir:

—Aquiles caro a Zeus, me invitas a explicarme sobre el furor de Apolo, el que de lejos hiere. Lo haré siempre que jures y ofrezcas resguardarme de palabra y de obra por cuanto yo dijere. Pues temo no ser grato, si cumplo tus deseos, a un grande entre los grandes y capitán de aqueos. Un rey es mucho émulo para quien lo discuta: hoy cela y nutre su ira, mañana la ejecuta. Si estás pronto a valerme, dímelo sin rodeos.

Y tú, Aquiles de plantas alígeras, replicas: —Declara sin empacho tu

augurio y cuanto sabes. Pues por el sacro Apolo a cuya voz predicas cada vez que a los dánaos oráculos explicas, mientras vean mis ojos la luz, en estas naves no habrá quien contra ti alce la mano grave, si al mismo Agamemnón culpas, hoy tan ufano con ser de los aqueos el dueño soberano.

Cobrando entonces ánimos dijo el vidente impar: —No hay hecatombe omisa ni voto por pagar. El dios venga la injuria contra su sacerdote: le niega el rey la hija y el pago le rechaza, y el Cazador Distante al pueblo despedaza, y no habrá quien al dánao liberte de su azote en tanto la manceba de mirada encendida sin rescate ni premio no sea redimida y devuelta a su padre, y a Crisa la ciudad no llevemos la ofrenda que aplaque a la deidad.

Siéntase, y se levanta Agamemnón Atrida, el guerrero y el príncipe de fama merecida. Amarga y negra cólera en el seno incubando, los ojos clava en Calcas, que estaban llameando de torvas intenciones, y da al furor salida:

—¡Adivino de males que nunca me anunciabas ventura, y sólo en tristes presagios te complaces, funesto en cuanto dices, funesto en cuanto haces! Pues por tus vaticinios ahora mismo acabas de advertir a los dánaos que Apolo nos abate porque guardo a Criseida y no admito el rescate, no extrañes que prefiera a mi mansión llevarla: Mi esposa Clitemnestra no podría igualarla en talle, porte, ingenio, doméstica destreza, y si al fin la devuelvo, con ser tan renuente, será que en más estimo la salud de mi gente. Pero buscad entonces alivio a tal crudeza: si renuncio a mi parte, no sería prudente que entre todos los dánaos sólo yo me contente con el despojo a trueque de tamaña largueza.

Y el alígero Aquiles, de las deidades par: —¡Oh Atrida de la fama, codicioso entre todos! Los aqueos magnánimos ¿qué más te pueden

dar? No hay tesoros comunes, y el botín es de modo que, una vez repartido, ¿quién lo devolvería? Abandónale ahora al dios la joven presa que el triple y hasta el cuádruplo te daremos un día, si Zeus nos otorga rendir la fortaleza de Troya y las murallas con que nos desafía.

Y el rey Agamemnón le dice: —Bravo Aquiles, aunque tan arrojado, de las deidades par, no esperes engañarme con palabras sutiles. ¿Quieres, para mejor tu prenda conservar, que yo ceda la mía? ¡Empeño singular! Si otra que a mi juicio se le iguale me entregan los aqueos magnánimos, tal vez... Si me la niegan, la tuya, la de Ayax o la de Odiseo, pese al furor del amo, cumplirá mi deseo. Quede para más tarde; pues lo que urge ahora es echar la embreada nave a la mar sonora. Júntese de remeros una escuadra escogida, y transporten a bordo la hecatombe ofrecida, y a la linda Criseida; y vaya Idomeneo o Ayax por capitán, o el divino Odiseo, o tú mismo, portento de los hombres, Pelida, para que de tu mano prestado el sacrificio, se aplaque el dios Arquero y nos sea propicio.

Y Aquiles el de pies ligeros, con sombría y torva faz estaba mirándolo y decía: —¡Oh codicia, oh descaro! ¡No sé cómo te escuchan las tropas que conduces y a tus órdenes luchan. Porque, en suma, los teucros no me debían nada, ni de ellos reclamo vaca o yegua robada o cosechas de Ftía, fértil nutriz de gentes: Nos alejan umbríos montes y el mar sonoro. Más por ti, el engreído, quisimos complacientes brindar a Menelao desquite en su decoro, plegándonos —¡oh cara de perro!— a tus deseos. Ándate, pues, con tiento y nunca me amenaces con quitarme la honra que me dan los aqueos ni el pago merecido. Mira bien lo que haces. Nunca alcancé botín como el que tú te aplicas cuando arrasamos pueblos troyanos con las picas. Bien sabes que mis brazos son el duro sustento de la guerra, y el premio mejor tú lo acarreas, y yo torno a mis naves mal pagado y contento tras de haberme cansado en ásperas peleas. De esta vez vuelvo a Ftía, que con mucho prefiero zarpar rumbo a la patria en mi corvo velero, a servir tu soberbia, y no hay gloria ninguna en que a mi costa medres y acrezcas tu fortuna.

Y el rey Agamemnón contesta a su porfía: —Huye si es tal tu ánimo, haz de mí caso omiso; conmigo quedan otros para honra y compañía, comenzando por Zeus, señor de todo aviso. Te odio más que a los príncipes todos que él norma y guía, pendenciero a quien sólo la vil disputa sacia. Tu intrepidez no es mérito, sino divina gracia. Junta tu gente y barcos, manda en tus mirmidones, y noramala vete, que juzgo que ya tardas. Me río de tu encono y tus acusaciones. En una nave mía y a cargo de mis guardas enviaré, pues lo pide Febo Apolo, a Criseida. Mas te prevengo: iré yo mismo a tu barraca por tu esclava de lindo rostro, por tu Briseida. Que aprendas lo que medra quien mi poder ataca y nadie más se arroje a hombrearse conmigo!

Al oírlo el Pelida, de gran congoja presa dentro del velludo pecho dos términos sopesa: si echar mano del bronce que al muslo trae consigo y acabar la asamblea dando muerte al Atrida, o bien domar su ímpetu, la cólera frenando. Entre tales designios su mente repartida, y cuando ya su bronce iba desenvainando... ¡Atenea que baja del cielo! (Hera la envía, diosa de brazos cándidos que a entrambos protegía.) Sólo a él manifiesta, se le acerca en el acto y lo ase y embrida por la melena blonda. Aquiles, conociéndola, se vuelve estupefacto. Centellea en sus ojos una mirada honda y le dice con voz alada y conmovida:

—¿A qué vuelves, oh hija del Sumo Porta-Égida? ¿A ver cómo me ultraja Agamemnón Atrida? Pues oye que te aviso de su cercana pérdida: su misma desmesura le costará la vida.

Y Atenea, la diosa de ojos de lechuza: —Bajé del cielo para calmarte, si obedeces, de Hera la de Brazos Cándidos atendiendo a las preces, que a entrambos os ampara. Cese la escaramuza; no desnudes el bronce, mas véngate con creces tan sólo de palabra, y escucha mi mensaje, porque así ha de cumplirse: A cambio de este

ultraje, un día han de brindársete magníficos presentes tres veces más cuantiosos. Resígnate y contente.

Y el de los pies alígeros le responde diciendo: —Ruego de dos deidades es acuerdo acatado, aunque en el pecho sienta la indignación latiendo. Quien escucha a los dioses, de ellos será escuchado.

Dijo y no la desaira, y con pesada mano empuja el puño argénteo y envaina el espadón. Y Atenea recobra la Olímpica Mansión junto a los demás dioses y a Zeus soberano.

Sin deponer su enojo entre tanto el Pelida con destempladas voces denostaba al Atrida: —¡Perro de alma de ciervo, odre henchida de vino! Nunca osaste batirte al lado de tu gente ni salir a emboscadas con tus pares aqueos: que no sólo lo temes más que a la muerte, sino que aquí en el campamento despojas mansamente a quien ose acusarte y atajar tus deseos. Rey comepueblos, mandas sin duda entre cobardes, o éstos fueran, Atrida, tus últimos alardes. Mas óyeme, que digo solemnemente y juro por este cetro estéril, hoy deshojado y bronco —pues cercenado a bronce de su rústico tronco, retoños y corteza dejó en el monte oscuro, y en vez de verdecer, hoy entre los aqueos ordena la justicia según la ley de Zeus— que un día los ejércitos lamentarán mi ausencia (y espero que mi voto se grabe en tu conciencia): cuando por más que hagas, te duelas y te asombres, al empuje de Héctor, el matador de hombres, veas caer a todos, y te rinda el pesar por haber desoído al aqueo sin par.

Así dijo el Pelida, y se sienta después y arroja el cetro de oro tachonado a sus pies. Y atajando al Atrida en su furor creciente, Néstor el de habla suave, orador elocuente de los pilios —sus labios miel parecen fluir—, que en la divina Pilos logró sobrevivir a dos generaciones de disertos mortales, su camada de un día, y hoy reina

en la tercera, con palabras cordiales habló de esta manera:

—¡Oh duelo sin igual para la gente aquea! ¡Regocíjense Príamo y sus cachorros! Sea fiesta en el corazón de todos los troyanos la vergüenza de oír a los mejores dánaos en armas y en consejo dados a la querella! Mancebos, consentid que os persuada un anciano. Yo en mis tiempos dóblaba gente que más descuella: el rey Driante, Pirítoo, Exadio, o bien Ceneo, o Polifemo casi celeste, o aun Teseo el Egida, inmortal casi, todos patentes asombros de vigor. ¡No en balde se arriesgaron a batirse con fieros rivales: los ingentes Centauros de los montes que al cabo exterminaron!Desde la lueñe Pilos yo acudí a su llamado, y también a mi modo yo compartí el combate. ~y, entre los vivientes no conozco al osado que pudiera medírseles ni resistir su embate! Mas ellos me escuchaban con voluntad atenta: escuchadme vosotros, que os tiene mejor cuenta. Ni tú, pese a tu imperio, toques la esclava hermosa que le dieron los dánaos con liberalidad; ni tú, Pelida, intentes pujar de paridad con un rey cuyo cetro, cuya gloria reposan en Zeus, que a ninguno dio tanta majestad. Si tu tan esforzado, hijo al fin de una diosa, en el mando de hombres él te lleva ventaja. Y tú, Atrida —lo imploro—, tu desentono abaja, mirando que es Aquiles para la gente aquea muralla incontrastable de la dura pelea.

Y el rey Agamemnón replica de este modo: —Sí, anciano, dices bien y hablas muy en sazón,. pero éste pretende sobreponerse a todos, ser el amo y rey único, mandar a discreción (aunque no vamos todos a prestarle obediencia). Bien que los Inmortales lo hicieran belicoso, ¿mas de injuriar sin freno le habrán dado licencia?

Presto el divino Aquiles lo ataja: —Vergonzo fuera que al primer grito me humille a tus mandatos. Otros rige a tu guisa, de hoy más yo no te acato. Y más voy a decirte y grábalo en tu mente: Mis brazos no han de alzarse contra ti ni tu gente para guardar la prenda que me das y me quitas; pero en mi negra y rauda nave nada me toques, que mal podrás hacerlo sin que conmigo choques,

o todos han de ver, si mi furor incitas, cómo tu oscura sangre por mi lanza chorrea.

Tras el acre altercado frente al mar, la asamblea levantan. Ya recobra sus tiendas el Pelida y sus sólidos barcos. Su tropa lo flanquea, y el hijo de Menetio. Entre tanto el Atrida con sus veinte remeros dota una rauda nave, y embarcadas las víctimas —la hecatombe ofrecida al dios—, sube Criseida la del semblante suave.

Llevando como jefe al sutil Odiseo, surcan los bogadores las ecuóreas rutas, y el Atrida procura que el ejército aqueo se lustre y purifique. Las escorias polutas van al mar. Toro y cabra, junto a su estéril suelo, en limpias hecatombes honran a Apolo Sumo. Y el vapor de la grasa en los giros del humo enróscase y asciende y va escalando el cielo.

4. AQUILES OFENDIDO

En tanto que la tropa anda en esta faena, su lance con Aquiles ni su amenaza olvida Agamemnón, y a Euríbates y a Taltibio, los prestos servidores y heraldos, convoca y les ordena:

—Idme hasta la barraca de Aquiles el Pelida; de la mano a Briseida, la del semblante apuesto, me traeréis; si Aquiles opone algún reparo, yo mismo iré con gente y le saldrá más caro.

Tal con altivas voces los despide y conmina. Orilla al mar cambiante, remisos se encaminan ambos hacia los barcos y toldos mirmidónicos. Sentado en su barraca, junto a su negra nave, los ve acercarse Aquiles, el continente grave. Perplejos lo saludan y con temor recóndito, mas él, adivinándolos, se adelanta a decir:

—¡Salud, gente de Zeus, mensajeros humanos! Venid, no es culpa vuestra si vuestro soberano por Briseida os envía. Patroclo, hazla salir —tú, el de estirpe de Zeus— y entrégala en sus manos. Y ante los bienhadados dioses sedme testigos, y ante todos los hombres y el rey desatentado si al hora del desastre quiere contar conmigo; pues sé que ya no acierta su corazón airado a prever lo futuro en vista del pasado ni a librar nuestras flotas del asalto enemigo.

Dijo, y dócil Patroclo la tienda de su amigo busca y da con Briseida, la de la faz gustosa. A las naves aquivas, y muy a su pesar, la llevan los heraldos. Apártase a llorar Aquiles, y tumbándose por la orilla espumosa, mientras ruega a su madre con manos anhelosas explora la envinada lejanía del mar:

—Madre, pues me engendraste para tan corta vida, el Olímpico Zeus que por las cumbres truena debiera protegerme, y en cambio me condena con su olvido al ultraje de Agamemnón Atrida, cuyo poder me roba la recompensa suma.

Así dijo entre lágrimas. Le oye la augusta madre desde el abismo húmedo que habita con su padre, el añoso Nereo; surge cual blanca bruma, vuela sobre las ondas hasta el hijo afligido, lo acaricia y exclama: —¿Qué dolor te ha vencido, hijo, qué te conturba? ¿Por qué tu alma llora? Dilo y no calles, ambos probemos tu aflicción.

Y el alígero Aquiles, con profundo gemido: —Lo sabes. ¿Para qué repetírtelo ahora? Fue en Tebas, la ciudad sacra del rey Eetión. La saqueamos; luego juntamos la ganancia, que nuestra gente supo repartir con esmero. Criseida fue el hermoso botín de Agamemnón. Pronto a dar por su hija rescate en abundancia, el sacerdote Crises, hombre de Apolo Arquero, llegó hasta los bajeles alígeros entonces, donde andan los aqueos revestidos de bronces. Al cetro de oro atadas las ínfulas de Apolo el Flechero, a las huestes no imploraba tan sólo, sino a los dos Atridas, los amos del combate. La gente aquea a gritos lo otorga y reconoce, al sacerdote honrando y ansiosa del rescate, mas impedir no logra que Agamemnón maltrate a Crises y lo aleje con altaneras voces. Parte indignado el viejo, y Apolo que lo ampara, escuchando sus preces, su arco cruel dispara por nuestro campamento; y los hombres caían conforme los flechazos divinos se esparcían. Un consumado augur nos declaró al instante la causa del enojo del Cazador Distante, y yo el primero exijo que al dios se satisfaga. Levántase el Atrida e iracundo me amaga. Ya cumplió sus amagos: los aqueos de ardientes ojos en rauda nave devuelven a Criseida, y al dios van a brindar su carga de presentes, ¡mientras unos heraldos, violando mis reales, si antes me la dieron, me arrancan a Briseida! Presta amparo a tu hijo y muestra lo que vales, y al Olímpico Zeus lleva tu imploración, ya que en palabras y obras le has dado protección; pues sola eras fiel entre los Inmortales —mucho te oí contarlo en la patria mansión—, cuando lo

encadenaban los dioses principales, tal Palas Atenea y Hera y Posidón. Tú fuiste a desatarlo del ominoso nudo, y al que es vuestro Briareo, y en la tierra, Egeón —el forzudo centímano, más que el padre forzudo—, abriste el ancho Olimpo; y él, de su gloria ufano, junto al trono de Zeus se plantó de improviso, y los dioses rebeldes, viendo su intento vano, desistieron sumisos. Recuérdaselo ahora; apegátele, abraza sus rodillas e implora: Que deje a los troyanos hacer una salida, y echados los aqueos hasta el labio del mar —por que mejor disfruten la inepcia de su Atrida—, vean entre las popas a su gente vencida, y el rey arrepentido comience a lamentar el haber desairado al aqueo sin par.

Y, en lágrimas bañada, Tetis le respondía: —¿Te di a luz en aciaga hora, criatura mía? ¡Viérate en paz tus naves sereno gobernando, sin que nublase el lloro tus efímeros días! Mas tu vida es muy breve, tu sino el más nefando, fue funesto engendrarte en casa de Peleo. Iré al nevado Olimpo, descuida; al alto Zeus engendrador de rayos veré de persuadir. Tú guárdate en tus raudas naves sin combatir y contra los aqueos incuba tu pasión. Zeus, ayer, con toda su augusta compañía se fue por el Océano, al remoto confín de los probos etíopes que ofrecen un festín. No tornará al Olimpo hasta el doceno día. Yo he de trepar entonces las broncíneas gradas y echarme a sus rodillas. Tal vez sea escuchada.

5. CRISEIDA A CRISA

Dijo y partió, dejándolo con el alma alterada por la esbelta cautiva que le fue arrebatada.

Llegado es Odiseo con la hecatombre a Crisa. No bien del hondo puerto la boca se divisa, arriando trapos guárdanlos en el negro velero, y el mástil —los estayes corriendo—, en la crujía. Reman al borde, amarran, y hacen bajar a tierra las reses del sagrado tributo al dios Arquero. De los marinos leños Criseida descendía, y en manos de su padre que junto al ara yerra el sutil Odiseo la entregaba y decía:

—Crises, el rey de pueblos Agamemnón te envía a tu hija, y los dánaos mandan un sacrificio para que Febo el dios quiera sernos propicio y aplaque tal estrago y atroz carnicería.

Gozoso queda el padre; la hija, rescatada. En el altar se apronta la hecatombe sagrada. Lávanse y dan la mola con religioso celo. Crises ora por todos con los brazos al cielo.

—¡Dios del arco de plata que proteges a Crisa y a Cila, sacro albergue, y en Ténedos imperas! Tú que honrando mis ruegos dañaste de tal guisa al ejército aquivo con penas tan severas, aquí segunda vez imploro que te prestes a alejar de los dánaos la mortífera peste.

Así dijo rogando: lo escucha Febo Apolo. Rezada la plegaria y la mola esparcida, doblándoles la nuca las víctimas degüellan, las trozan y desuellan; pringan los muslos sólo, en grasa revistiéndolos y en carne remolida; y el anciano los trae a la leña encendida, tintos en vino, al tiempo que ya han asegurado los mozos los trinchantes de cinco puntas. Luego de quemar los perniles, reparten el bocado de entrañas, y la carne menuda con cuidado tuestan al asador y la sacan del fuego. La faena cumplida, se juntan al banquete, y todos se contentan con la justa ración. Sed y apetito aplacan a su satisfacción las cráteras los mozos colman hasta el gollete, y las copas derraman la sacra libación. Y a lo largo del día, en honra a Apolo Arquero, un sonoro peán entonan los guerreros, que el dios está escuchando con dulce corazón.

Y cuando el sol se puso y aconteció la sombra, al pie de las amarras los rinde el sueño grave. Ya la Aurora de róseos dedos el cielo escombra; ya rumbo al campamento zarpa la rauda nave que Apolo Arquero impulsa con una brisa suave. Izan el mástil, blancas las velas hincha el viento; las purpúreas ondas resuenan por la quilla; y llegan deslizándose al vasto campamento, donde arrastran la negra nave sobre la orilla calzando los espeques. Y consumando el viaje, por barcos y por tiendas se pierde el equipaje.

6. EN EL OLIMPO

En tanto, y al cobijo de sus naos veleras, Aquiles, el Pélida de las plantas ligeras y retoño de Zeus, con su ira debate; mas aunque ni la guerra ni el ágora frecuente —estrado de la fama varonil—, en su ausente corazón añoraba el ruido del combate.

Luego que, transcurridas doce auroras cabales, Zeus hasta su Olimpo llevó a los Inmortales, Tetis, sin olvidarse de su materno anhelo, al alba entre un bullicio de olas sube al cielo y encuentra solo al Crónida de inmensa voz, sentado en la más alta cumbre. A sus pies se ha arrojado, buscando sus rodillas con la mano siniestra mientras le acariciaba el mentón con la diestra, e implora: —¡Padre Zeus! Si entre los dioses todos alguna vez te fui útil en algún modo, escucha mi plegaria: Por Aquiles me aflijo a vida más efímera que todos condenado; a quien Agamemnón le arranca y ha guardado por suya la presea que mereció mi hijo. Véngale, Zeus próvido, y a los teucros alienta mientras el pueblo argivo no le honre y se arrepienta.

Dijo. El Turbión de Nubes, Zeus, nada replica e inmóvil en su trono parece que dudara.

De hinojos y abrazándolo, Tetis aún suplica: —Yo te conjuro: dame una promesa clara y haz el asentimiento con tu inmortal cabeza, o niégate, que al cabo en ti no hay flaqueza, y sepa yo que soy ludibrio a las deidades.

Zeus, Turbión de Nubes, desazonado exclama: —¡Grave trance!

Pues quieres malquistarme con Hera que al punto ha de agredirme y hacerme mil ruindades. ¡Si en medio de los dioses ya tanto me reclama el ser para los teucros sostén y cabecera! Y aléjate al instante, Hera ya desconfía. Yo cuido de tu ruego. Si así te place, en prenda te doy el testimonio de mi consentimiento, inexorable signo de la promesa mía. Cuando yo lo concedo, no hay dios que no lo atienda, ni hay fraude ni hay obstáculo contra mi mandamiento.

Dice el Cronión, y en prenda su voluntad declara: frunce el ceño cerúleo, la cabellera mece que la intachable frente del Inmortal depara, y el dilatado Olimpo de pronto se estremece.

Concertados así, entrambos se separan. Ella del claro Olimpo salta al amargo centro; Zeus vuelve al palacio y en su trono se planta, ante el coro de dioses que al punto se levantan, por saludar al padre saliéndole al encuentro.

Mas Hera, sospechosa, los planes adivina urdidos por la hija del Viejo de la Mar, Tetis la Pies de Plata, y al Crónida conmina con injuriosas voces y arrebatado hablar:

—¿Con qué deidad enredas, pérfido, y en qué andas? Cuando te me escabulles para tus secreteos, ni se te ocurre darme razón de lo que mandas, ni quieres que conozca tus planes y deseos.

Y le responde el padre de humanos y de dioses: —No todos mis designios inquieras, no lo oses, que aunque mi esposa seas no puedo contentarte. Ni deidades ni humanos habrán de aventajarte cuando yo encuentre útil revelar mis intentos; mas lo que sin los dioses mi alma a solas persigue, ni tú me lo preguntes ni nadie lo investigue.

Y Hera de ojos bovinos redobla sus lamentos: —¡Oh Crónida terrible! ¿Qué palabra profieres? No, no podrás dolerte de que yo te embarace inquiriendo a destiempo lo que tratas y quieres, que tú muy a tu modo cumples lo que te place. Si hoy temo es que la hija del Viejo de la Hondura —Tetis la Pies de Plata—, en llanto las mejillas, desde el amanecer se abrazó a tus rodillas y se arrastró a tus plantas; y mi alma se figura que sustrajo la prenda de tu consentimiento para que, compensando a Aquiles con usura, hagas desolaciones por las naves aqueas. Zeus, Turbión de Nubes, le replicó al momento: —¡Loca, nada te oculto, aunque tú no lo creas! Malo es que te me opongas, que así nada granjeas sino mi desamor, que te saldrá más caro. Lo que suceda acéptalo si me fuere plausible. Siéntate y obedece y calla sin reparo, que ni los dioses juntos te servirán de amparo como te ponga encima la mano irresistible.

Hera de inmensos ojos, la diosa venerada, se sienta al escucharlo, medrosa y refrenada. Tiemblan en torno a Zeus los dioses celestiales; y Hefesto, insigne artista, por aplacar los ánimos, dice a su madre Hera, la de los brazos cándidos: —¡Negro anuncio de duelos y de infinitos males si así riñen los dioses por los simples mortales! ¡Adiós banquetes plácidos si el humor se ensombrece! Mi madre, aunque juiciosa, acepte un buen consejo y obsequie al caro Zeus. Si el padre se enfurece, se nos agua la fiesta y se acabó el festejo. Pues si al Fulminador Olímpico le place echarnos de este sitio... ¿quién mide lo que hace? Ve, pues, de contentarlo con halagüeños modos para que así el Olímpico sea propicio a todos.

Tal dijo, y levantándose, en copa de doble asa a su madre, solicito, ofrece de beber: —Aunque te cueste, madre, por esta prueba pasa. No te vean mis ojos amantes maltraer a golpes, que al Olímpico yo no he de poner tasa.

Recuerdo que en un trance te quise proteger: Por el tobillo asiéndome, tan lejos me lanzó de los sacros umbrales que rodé todo

el día, y, cuando el sol se hundía, en Lemnos fui a caer casi desfallecido. ¡Gracias que me acudió el pueblo de los sinties!

Y Hera le sonreía, y tomó sonriendo la copa de su mano. Y Hefesto el dulce néctar —afanoso escanciano—, mezclándolo en la crátera a uno y otro servía por la derecha; asunto de inextinguible risa entre los Bienhadados, al ver con cuánta prisa Hefesto los atiende en la mansión eterna.

Hasta que el sol traspone dura la animación, y todos se contentan con su justa ración. La cítara de Apolo con las Musas alterna, y las canoras voces con el alado son. Y cuando, al sol poniente, los destellos declinan, todos a sus palacios rendidos se encaminan —obras del Cojo Hefesto y su ingenioso empeño—. Y Zeus, el Olímpico que las centellas cría, el dulce lecho busca para rendirse al sueño. Hera del trono áurico su lado compartía.

III. Los Juramentos y Helena en las murallas

La tercera rapsodia está dominada por el del duelo entre Paris y Menelao. Sus diversos incidentes nos permiten conocer la causa de la guerra, el interior de la ciudad de Troya —apenas vislumbrado al final de la rapsodia anterior— y los caracteres de Héctor, Paris, Menelao y Helena. Tiene singular encanto el pasaje del núm. 2. 1. Desafío de Paris: Paris-Alejandro adelanta en actitud desafiante al entrar ambos ejércitos en contacto. Como retrocede ante Menelao, es reprendido por Héctor, y acaba por proponer a Menelao un duelo singular. 2. Helena en las murallas: Llamada a presenciar el duelo, en la momentánea tregua que se produce, Helena asoma a las murallas de Troya e interrogada por Príamo, nombra y describe a los jefes aqueos que ocupan el campo. 3. El pacto: Ceremonia religiosa que establece el pacto del duelo. Para sancionarlo por sí mismo, Príamo baja al campo y luego regresa a Troya. 4. El duelo singular: Paris lleva la peor parte, pero a la hora del mayor peligro, Afrodita lo sustrae de la liza y lo deposita en el lecho de Helena. 5. Paris y Helena: Recriminaciones y escena nupcial. 6. Intimación de los aqueos: Agamemnón, ante los sucesos del núm. 4, declara el triunfo de Menelao y pide el cumplimiento del pacto celebrado en el núm. 3: devolución de Helena y sus riquezas, y pago de la indemnización de guerra.

1. DESAFÍO DE PARIS

Ya en orden de combate, los teucros a la zaga de sus jefes desfilan con largo vocerío y alboroto de pájaros. Tal cuando las amaga el tupido aguacero y las espanta el frío, las grullas se levantan por los cielos y huyen y sobre la corriente del Océano gruyen, y en cuanto asoma el día, llevan a los pigmeos el estrago y la muerte. En cambio los aqueos, prontos a sostenerse unos a otros, van atesorando mudos su belicoso afán.

Tal como anubla el Noto la cima levantada —cuita de los pastores, júbilo del ladrón a quien más que la noche cubre la cerrazón— y apenas se ve el trecho que alcanza una pedrada, así lanzando el polvo en denso nubarrón las tropas presurosas cubrieron la llanada.

Y no bien los ejércitos llegaban al contacto, de las filas troyanas se destacó en el acto —echada por los hombros la piel de leopardo, corvo arco, espada al cinto, en los puños el par de astiles que arma el bronce, y como un dios gallardo—, Alejandro, ofreciéndose a duelo singular con cuantos enemigos lo quieran enfrentar.

Según él adelanta con arrogante paso, remeda Menelao, de Ares favorito, al hambriento león que encuentra muerto acaso a un gran ciervo ramoso o un silvestre cabrito y cébase en su cuerpo y alegre lo devora, cérquenlo perros ágiles o denodados mozos. La presencia del pérfido su odio reaviva, del deiforme Alejandro ve llegada la hora, el ansia del castigo lo anonada de gozo, y sin soltar las armas del carro se derriba.

Mas apenas advierte Alejandro el divino que salva Menelao los grupos delanteros, su corazón flaquea, quiere huir al destino; y al pavor que le infunde el valeroso Atrida, ceja y desaparece junto a sus compañeros, entre la turba intrépida buscando una salida, como el que en la espesura descubre una serpiente y tembloroso y lívido recula de repente.

Héctor, que todo ha visto, le gritaba furioso: —¡Oh miserable Paris, mujeriego y hermoso y falso! ¡Más valdría que no hubieras nacido o hubieras muerto célibe sin verte convertido en vergüenza y oprobio para toda tu gente! ¡Cómo van a reírse los crinados aqueos, que te juzgaban príncipe y capitán valiente, al ver que sólo esconden tu porte y tus arreos un pecho pusilánime! Y siendo tú quien eres ¿fuiste quien se arrojó en los raudos veleros, llevando a tus iguales por mundos extranjeros, y a la mujer más bella de todas las mujeres desde un país remoto trajiste secuestrada, hoy nuera venerada, linaje de guerreros, mas daño de tu padre, tu pueblo y tu ciudad, anzuelo de enemigos, premio a tu liviandad? ¿No aguardas a pie firme a ese brote de Ares, por ver de quién disfrutas la floreciente esposa? ¡Qué valdrán cuando caigas los dones singulares de Afrodita, tu cítara, tu cabellera undosa! ¡Cuán tímidos los teucros, pues no te han lapidado, con túnica de piedras vistiendo tu maldad, por los daños innúmeros que tú les has causado!

Y respondió Alejandro, igual a una deidad: —Héctor, tu increpación es merecida y justa, pero te arrastra el mismo coraje que te enciende, pues tu inflexible ánimo es la segur que hiende el tronco y da más ímpetu a la mano robusta para cortar las tablas de las embarcaciones. Más no por ser intrépido quieras echarme en cara los dones que Afrodita de oro me depara, que ni son desdeñables tan exquisitos dones, ni se escogen al gusto los divinos presentes. Lucharé frente a frente, cedo a tus intenciones: de uno y otro bando haz apartar la gente, y Menelao y yo a solas decidamos de Helena y sus riquezas quién ha de ser el amo. Queden para el que triunfe y sea más valiente, y recobren —jurada la armonía y la paz— los troyanos, sus fértiles campiñas, y los otros, el suelo del Argólide, criadora de potros, y de Acaya y sus lindas mujeres el solaz.

Héctor, al escucharlo, se interpone radiante entre los dos ejércitos. La lanza a medio astil, da el alto a los troyanos que paran al instante. Los crinados aqueos en actitud hostil ya van sobre él con dardos y piedras y saetas, y el rey Agamemnón a tiempo los aquieta clamando a grito herido: —¡No tiréis, detenéos hijos de los aqueos! ¡Héctor del refulgente morrión se nos acerca para parlamentar!

Dijo, y logra frenarlos y a todos acallar. Y Héctor, puesto delante y en medio de los frentes: —¡Oíd, teucros y aqueos de las grebas lucientes! Nos ofrece Alejandro, por quien vino la guerra, que depuestas las armas en la nutricia tierra del uno y otro bando, él solo y el ardido Menelao disputen a Helena y sus riquezas. Queden en la mansión del que haya vencido por su mayor braveza, y todos los demás juraremos el pacto de armonía y de paz.

Todos callan atónitos. Y Menelao, atento siempre a la voz de guerra: —Oídme ahora —exclama—, que de dolor transido mi corazón se inflama: De argivos y troyanos ya es mucho el sufrimiento; si es de Paris la culpa y si la ofensa es mía, que entre los dos escojan la muerte y el destino y acabe cuanto antes tan largo desatino. Para el Sol y la Tierra traigan la ofrenda pía —una cordera parda y un cándido cordero—, y brindemos los dánaos al Zeus verdadero una tercera víctima. Que al punto se apersone Príamo, y nuestros votos él mismo los sancione., no sea que sus hijos, vanos y desleales, transgredan las promesas prestadas al Cronión. Son mudables los jóvenes; los viejos son cabales, el ayer y el mañana miden con atención y a una y otra mano dan la justa porción.

Así dijo. Gozábanse aqueos y troyanos el término entreviendo de la enconada guerra. Paran brutos y carros, y echando pie a tierra, dejan caer las armas, unos de otros cercanos y a muy corta distancia una y otra legión. Manda Héctor dos heraldos a la ciudad de Ilión por Príamo y las víctimas, y al punto el pregonero Taltibio, a una

orden del rey Agamemnón, corre a las naves cóncavas en busca de un cordero.

2. HELENA EN LAS MURALLAS

A Helena de albos brazos llega Iris mensajera, en forma de Laódice su cuñada, que era del rey Helicaón Antenórida esposa, y en la prole de Príamo la hija más hermosa. Hallóla en el palacio. A la sazón labraba en doble tela púrpura motivos y trofeos de los opuestos bandos que por ella bregaban: los teucros domadores de potros, los aqueos revestidos de bronce. —Acompáñame hermana querida —dijo Iris de las plantas livianas acercándose a Helena—, y asómbrate conmigo: Ya las aqueas huestes y la gente troyana, que ha poco derramaban el luto y el castigo de Ares por el campo, hoy mudas y sentadas, codos sobre el escudo y picas enterradas, de dos bravos esperan el duelo singular; pues Menelao y Paris se van a disputar lanza en mano el derecho de llamarte su esposa.

Dijo, y le inunda el pecho de pena soledosa por su anterior marido, sus padres, su ciudad. Envuelta en blanco velo, llorando de ansiedad dejó Helena la estancia. Sus doncellas celosas, Clímene de anchos ojos y Etra, hija de Piteo, acudieron tras ella hasta el Portal Esceo.

Cuando Helena llegó, ya ocupaban el sitio el rey Príamo y Pántoo y Timetes y Clitio, Lampo e Hicetaón, el vástago de Ares, el cuerdo Ucalegonte y el sesudo Antenor. Subidos en la torre de los jefes troyanos, por ser todos ancianos las filas militares no acompañaban, pero infundían valor con sus arengas, como cigarras estridentes posadas en las selvas y frondas eminentes. Al verla, comentaban con discreto rumor:

—No es mucho si por ella los dánaos lucientes y los teucros resisten tan largo padecer, que una diosa semeja muy más que una mujer.

Mas váyase en sus naves, no sea su presencia ruina de nuestro pueblo y nuestra descendencia.

Mientras ellos comentan, Príamo le decía: —Ven y a mi lado siéntate, y contempla, hija mía, a tu anterior marido y amigos y parientes. No es tuya, es de los dioses esta luctuosa guerra. Ven y dime quién es aquel varón ingente, ese gallardo aqueo cuya presencia aterra. Hay otros más talludos, mas nunca vi su igual en majestad, en porte y en despejo real.

Y la divina Helena le dijo: —Suegro amado a quien temo y venero, ¿por qué no morí el día en que dejé por Paris mi lecho abandonado, mi niña de pañales, las compañeras mías? ¡Hoy no me consumiera llorando de aflicción! Mas escucha: Aquél es el rey Agamemnón cuñado ayer de esta mísera y descarada, si es que toda esa historia no fue cosa soñada. Y absorto contemplándolo, el anciano decía: —¡Oh Atrida bienhadado y afortunado rey que tal copia de aqueos traes bajo tu ley! Yo anduve en Frigia, tierra de vides, en legión con los hombres de Otreo y el divinal Migdón que orillas del Sangario ataban sus corceles, cuando las Amazonas y sus guerras crueles; mas nunca vi de tropas tan innúmeros haces cual juntan los aqueos de miradas vivaces.

Y luego preguntó, señalando a Odiseo: —Y dime ahora, hija, ¿quién es aquel que veo, más bajo que el Atrida y de más ancho busto? Tiró al suelo las armas y recorre las filas cual lanoso carnero —el parecido es justo— que las ovejas cándidas acompaña y ahíla.

Y Helena, hija de Zeus, le responde al momento: —Es la flor de Laertes, Odiseo el famoso, duro como su Ítaca, y el hombre más mañoso en tretas y en prudentes avisos y en inventos.

Y el sensato Antenor: —Mujer, dices verdad. Cuando, para buscarte y como embajador, vino él con Menelao, predilecto de Ares, en mi palacio mismo les di hospitalidad y agasajo. Llegaron a serme familiares sus personas, sus hábitos y su sabiduría. Cuando se presentaban en nuestra sociedad, Menelao, de pie, siempre sobresalía por sus anchas espaldas; mas, si estaban sentados, dominaba Odiseo con grave majestad. Luego, cuando hilvanaban ya sus alegaciones, Menelao fue nítido, si bien apresurado, y aunque el más joven, sobrio y escueto de razones; y Odiseo, después de haberse levantado, bajó un punto los ojos y se quedó apoyado en su cetro, indeciso... Parece que lo veo con su aire de simple o de encolerizado. Mas apenas del pecho lanzó la voz segura, ¿qué mortal pudo nunca compararse a Odiseo? Sus palabras llovían como copos de nieve, y su fascinación borraba su figura.

Repara en Áyax Príamo, y pregunta otra vez: —¿Y ese fornido aqueo de atlético relieve que a los demás supera en traza y altivez? Y la divina Helena del peplo rozagante: —Es muralla de aqueos, es Áyax el pujante. Y en dios raya el cretense Idomeneo, aquel que cercan en tropel los cabos de su gente. Nos llegaba de Creta, y era invariablemente —porque lo aposentaba siempre nuestro palacio— huésped de Menelao, señor de valentía. A todos los distingo, y si tuviera espacio, a los muchos aqueos presentes nombraría. Mas dos caudillos faltan, y de la carne mía: mis hermanos matemos: Cástor, el superior jinete, y Polideuces, púgil y luchador. ¿Si de Lacedemonia no habrán venido acaso? ¿O si los dos, ocultos en los barcos de guerra, no quieren combatir ni osan dar un paso para no defender mi oprobio y mis errores?

Mas ya en su seno próvido los guardaba la tierra, allá en Lacedemonia, solar de sus mayores.

3. EL PACTO

En tanto por las calles traen los pregoneros dos rituales corderos para el voto divino y, don del suelo, un odre de confortante vino. Crátera y copas de oro toma el heraldo Ideo, y acercándose luego a Príamo el anciano:

—Ven, Laomedontíada —le dice—. Los troyanos jefes, diestros jinetes, y los jefes aqueos de bronce revestidos quieren que a la llanura bajes y el juramento sanciones por tu mano. Pues Menelao y Paris fían a la ventura de sus lanzas el premio: la esposa y sus riquezas serán de aquel que triunfe por su mayor braveza, y cobrarán —jurada la armonía y la paz—, los teucros, sus feraces campiñas, y los otros, su terruño de Argos, criadora de potros, y de Acaya y sus lindas mujeres el solaz.

Se estremece el anciano y manda que sus fieles acudan sin tardanza y enganchen los corceles. Las riendas coge; al sólido carro sube Antenor; los dos en raudo curso los caballos arrean, y al campo desembocan por las Puertas Esceas.

En pisando la tierra de seno provisor, ambos se colocaron entre los contendientes. El rey Agamemnón y Odiseo el prudente se levantan al verlos. Y los nobles heraldos agruparon las víctimas y mezclaron los caldos en la profunda crátera, y el aguamanos dieron a los reyes. La daga que llevaba prendida al flanco de la espalda desenvainó el Atrida; cortó por el testuz rizos de los corderos, que a unos y otros jefes brindaron los voceros, y las manos en alto, imploró de este modo:

—¡Glorioso Padre Zeus que reinas en el Ida! ¡Sol que todo lo ves y que lo oyes todo! ¡Ríos, Tierra y profundos Jueces de los perjuros! Atestiguad en uno la fe comprometida: Si vence a Menelao Paris, quede seguro en posesión de Helena y todas sus riquezas; nosotros surcaremos el ponto en nuestras naves; si Menelao triunfa de Paris, con presteza a Helena y sus tesoros nos traigan los troyanos, compensen a los dánaos de sus perjuicios graves y sea justo ejemplo a todos los humanos. Más si, en tal caso, Príamo y su generación rehusaren el pago de la indemnización, lucharé hasta cobrármela yo mismo por mi mano.

Habiendo hablado así, degüella los corderos que, palpitando aún, se abatieron sin vida al robarles el bronce su aliento verdadero. Todos llenan las copas en la crátera henchida, y al tiempo que recitan promesas y oraciones, a los dioses eternos brindan sus libaciones. —¡Sumo y glorioso Zeus y demás Inmortales! ¡Que vea, quien quebrante nuestros pactos leales a uno u otro bando —juraban los guerreros—, sus sesos y los sesos de sus generaciones volcados como el vino de nuestras libaciones, y esclavas sus esposas de amos extranjeros! Más sin honrar su voto los escucha el Cronión. Y Príamo el Dardánida se deja oír entonces:

—¡Oh troyanos y aqueos de las grebas de bronce! Fuerza es que yo regrese a la ventosa Ilión. ¡Que no vean mis ojos (de pensarlo me aflijo) al fiero Menelao combatir con mi hijo! Zeus y demás dioses conocen ya la suerte, y a quién tiene el destino reservada la muerte.

Dijo, y a un dios igual, el añoso varón recoge los exánimes restos de los corderos; seguido de Antenor sube al carro ligero, y sacude las riendas y arrea para Ilión.

4. EL DUELO SINGULAR

Héctor, hijo de Príamo, y el divino Odiseo miden la liza. El turno de la primer lanzada sortean en un casco de bronce. Una oración escapa de los labios de teucros y de aqueos, que a media voz recitan, las manos levantadas: —¡Glorioso Padre Zeus que reinas en el Ida! ¡Permite que quien trajo tantas calamidades descienda sin remedio a la mansión de Hades, y los demás logremos la amistad prometida!

Héctor, el campeón del penacho altanero, las suertes removía hurtando la mirada, y el tejo de Alejandro vino a saltar primero. Sentáronse los hombres en hileras formadas a par de sus corceles y sus armas labradas. Sobrevistió Alejandro —compañero de Helena la de hermosa melena— magnífica armadura: ajustóse las grebas de broches relucientes, le cedió la coraza su hermano Licaón, colgó al costado el bronce de viva clavazón, embrazó el grave escudo, y ceñida la frente con espléndido casco de crinada cimera que ondeaba terrible, empuñó decidido una sólida lanza. De pareja manera se aprestaba a su turno Menelao el ardido.

Cada uno se armaba a solas por su lado, y cuando aparecieron en medio de la liza con fulminantes ojos, se sienten espantados los caballistas teucros y los bien pertrechados aqueos. Ya se acercan, las lanzas echizadas blandiendo y observándose con atento rencor. Su luenga jabalina manda Alejandro entonces; botó el arma doblándose por la punta de bronce, y atravesar no pudo el prevenido escudo del Atrida, quien pronto ya para pelear, invoca todavía al Padre verdadero:

—¡Oh soberano Zeus! Déjame castigar al divino Alejandro que me

ofendió el primero. ¡Muera a mis manos! ¡Sea en la posteridad ejemplo y enseñanza a todos los arteros que el hospedaje violan y manchan la amistad!

Y arremete, y la pica atraviesa el escudo del Priámida y abre la coraza labrada, y fue a rasgar la túnica encima del ijar. Libra el cuerpo Aejandro y evita el trance rudo; y al instante el Atrida desenvainó la espada de clavazón de plata, y la dejó cargar furioso en la cimera del casco del troyano. La espada, hecha pedazos, escapa de su mano, y el despechado Atrida maldice su fortuna:

—¡Padre Zeus, funesto más que deidad ninguna! La perfidia de Paris me apresto a castigar, ¡cuando se me destroza la espada inoportuna, y ni con la lanzada lo he podido alcanzar!

Dice, y empuña a Paris por la rica cimera, las crines del penacho torciendo de manera que arrastra a su enemigo hasta la gente aquea. Casi estrangula a Paris la bordada correa que el casco le sujeta al cuello delicado. ¡Gloria inmensa! Consigo se lo hubiera llevado, si al punto no lo hubiese advertido Afrodita, flor de Zeus, que acude y le arranca y le quita la correa de cuero de toro degollado. Se va el casco vacío con el puño esforzado; de un vaivén, lo echa el héroe entre sus compañeros de las lucientes grebas que al aire lo cogieron; y nueva vez, habiendo recobrado su lanza, para matar a Paris resuelto se abalanza. Pero Afrodíta, usando de su poder de diosa, fácil en torno a Paris densas neblinas corre y lo transporta al tálamo, a la estancia olorosa.

5. PARIS Y HELENA

Fuese en busca de Helena y la encontró en la torre, donde le daban corte las señoras troyanas; y en apariencia de una vieja esclava hilandera que allá en Lacedemonia le cardaba la lana y por quien tuvo Helena singular afición, tirando suavemente del perfumado velo le dijo: —Ven, que Paris te espera en la mansión, radiante de belleza y ataviado con celo, en el tornido lecho de tu alcoba nupcial. Nadie imaginaría que regresa de un duelo, más que se apresta a un baile o deja un festival.

Sobresaltado el ánimo volvió la cara Helena, y, sin que la engañara el disfraz de la diosa —garganta y busto únicos y mirada radiosa—, —¿Qué me quieres ahora? —dijo de espanto llena—, ¡Cruel! ¿Querrás llevarme a alguna populosa ciudad de Frigia? ¿Acaso a la Meonia amena, para dar gusto a otro de tus mil favoritos? ¿Temes que Menelao recobre a esta oprobiosa, si a esta hora Paris ya pagó su delito? Ve donde este Alejandro y siéntate a su vera; no vuelvas al Olimpo, camino de las diosas, ve a llorar y a velarlo junto a su cabecera; ruégale que te tome por manceba o esposa. No seré yo quien vaya a compartir su lecho ni a buscar sus caricias, que vergonzoso fuera; pues todas las troyanas lo vituperarían y es mucho ya el pesar que conturba mi pecho.

Y Afrodita la diosa indignada decía: —¡No me hartes, insolente! Cuida no te abandone y te aborrezca tanto como te amaba antes, y a dánaos y a teucros de tal manera encone y enfurezca de suerte que su odio se agigante y te hagan perecer al fin de mala muerte!

Con ser hija de Zeus, Helena desmayaba. En el velo magnífico y blanco se envolvió, y dócil a la augusta deidad que la guiaba, echó

a andar en silencio, y ninguna la vio.

Ya en la mansión espléndida que Alejandro habitaba, las esclavas recobran sus labores y enseres, y ella entra en la cámara de artesonados techos. La risueña Afrodita la silla le acercaba, y la hija de Zeus, diosa entre las mujeres, al lado de Alejandro se sienta junto al lecho, desvía la mirada y dice al seductor:

—¿Que vuelves del combate, y que no has perecido a manos del valiente que antes fue mi marido? ¡Sin duda te imaginas por todo superior a ese ramo de Ares en puños, fuerza y lanza! Pues rétalo de nuevo, si tal es tu pujanza.

Mas ¡qué temeridad! Mejor es que desistas, que al zaino Menelao no pienso que resistas.

Y Paris, a su turno: —¡Mujer! ¿Por qué terqueas en amargar mi pecho y disputar conmigo? Si hoy venció Menelao por gracia de Atenea, ya llegará mi hora, que también tengo abrigo entre los Inmortales. Mas deja el ceño, ea: tendámonos los dos como buenos amigos. Con más ardor que nunca mi alma te desea. Ni cuando, arrebatada a tu amena mansión, dejé a Lacedemonia y navegué contigo a bordo de mis naves surcadoras del mar y en la isla de Cránae se cumplió nuestra unión, ni entonces me ha encendido tal deseo de amar ni de sentirte mía me hallé más anheloso.

Y hacia el lecho la atrajo, y ella siguió al esposo.

6. INTIMACIÓN DE LOS AQUEOS

Mientras ellos gozaban el torneado lecho, buscaba Menelao como fiera en despecho a Paris. No lo vieron ni troyanos ni aliados, y ni de haberlo visto lo hubieran ocultado al iracundo Atrida: como la negra muerte les es ya aborrecible. Y dijo de esta suerte, hablando a los ejércitos, el rey Agamemnón: —¡Oh, troyanos y dárdanos y aliados, escuchad! Menelao el de Ares venció, y es la verdad. Que, además de pagársenos justa indemnización, Helena y sus riquezas vuelvan a nuestras manos, para futuro ejemplo de todos los humanos.

Lo aprueban los aqueos con larga aclamación.

VI. Héctor y Andrómaca

La sexta rapsodia continúa la descripción de las hazañas guerreras y prolonga la aristía de Diomedes, a partir del instante en que Ares ha sido expulsado del campo y los guerreros quedan entregados a sus propias fuerzas. Puede decirse que la aristía de Diomedes termina o deja oír sus últimos ecos con la plegaria de las damas troyanas a Atenea. Visitamos los interiores troyanos, encontramos en su ambiente doméstico a Hécuba, a Helena, y a Paris —transportado por Afrodita de la liza al lecho nupcial al fin de la Rapsodia tercera—, y acabamos de apreciar sus respectivos caracteres, así como los de Héctor y Andrómaca, cuya conmovedora despedida presenta una antítesis con la escena entre Helena y Paris. 1. Prosigue la batalla: Diversos encuentros, en que resalta la ira de Agamemnón, que impide a Menelao perdonar la vida a Adrasto. 2. Héctór deja el frente: Aconsejado por Héleno, Héctor se dirige a Troya para rogar a Hécuba que, en compañía de las matronas de la ciudad, implore el favor de Atenea, ante la terrible amenaza de Diomedes. 3. Glauco y Diomedes: Hermoso episodio en que el recuerdo de la amistad paterna triunfa sobre la belicosidad de ambos príncipes, y que termina con un inesperado toque humorístico: el trueque de armas ordinarias por armas valiosísimas. Historia de Belerofonte. 4. Héctor y Hécuba: Ya en Troya, Héctor expone a Hécuba el objeto de su visita a la ciudad. 5. Hécuba en el templo de Atenea: En compañía de las damas troyanas, Hécuba lleva a Atenea sus presentes y votos, y la sacerdotisa Teano implora de la diosa que libre a la ciudad y permita derrotar a Diomedes. 6. Héctor y Paris: Contraste de ambos caracteres en el palacio de Paris. Con ayuda de Helena, Héctor conmina a Paris para que vuelva al combate. 7. Los adioses de Héctor y Andrómaca: No habiendo encontrado Héctor a Andrómaca en el palacio, se dirige a las murallas, adonde ella ha ido en compañía de su niño, espantada con las nuevas que llegan del campo de batalla. Héctor se despide de Andrómaca, escena culminante. Andrómaca vuelve a palacio, donde ya toda la casa llora por Héctor, dándolo por muerto de antemano. 8. Héctor y Paris vuelven al frente: Paris se arma a toda prisa y alcanza a Héctor antes que éste salga de la ciudad. Ambos cruzan las Puertas

Esceas

1. PROSIGUE LA BATALLA

Quedaban entregados a su propia pujanza en la batalla horrísona aqueos y troyanos, y a una y otra parte el vuelo de las lanzas desde el Janto hasta el Símois iba cubriendo el llano. Áyax el Telamonio, antemural de aqueos, la falange troyana logró romper al cabo, y un rayo de esperanza brilló para sus bravos cuando Acamas Eusórida, el tracio giganteo, rodó con la cimera de crines traspasada, partido por el cráneo y extinta la mirada.

Pronto al grito de guerra, acometió Diomedes a Axilo, hijo de Teutras, opulento vecino de la sólida Arisbe, que al lado del camino a todos hospedaba y hacía mil mercedes. Lo veneraban todos, mas ese aciago día no lo amparó ninguno, ni de nada valdría contra la muerte lúgubre: a él y a su escudero Casio, que sus brutos a la sazón regía, los recogió la tierra en el trance postrero.

Mató Euríalo a Dreso y a Ofeltio, y en seguida fue tras Esepo y Pédaso, hijos de Bucolión (bastardo y primogénito del rey Laomedonte a quien secretamente su madre dio a la vida). La náyade Abarbárea y el preclaro varón los hubieron antaño, en su lecho del monte donde él acostumbraba apacer su rebaño.

Mellizos eran ambos, de hermosa condición,. mas pudo el Mecestíada con su sin par bravura, y arráncó de sus hombros las recias armaduras.

A Astíalo derriba Polipetes el fiero; Odiseo, al percosio Pidites; el arquero Teucro tiende en el polvo al bello Aretaón; Antíloco el

Nestórida, al enemigo Ablero; y el pastor de los hombres, el rey Agamemnón, a Élato el de Pédaso, la ciudad eminente alzada junto al Sátniois de diáfana corriente. Leito el heroico alcanza a Fílaco en la huida y Eurípilo a Melantio arrebata la vida. Menelao se adueña de Adrasto. Los bridones, que espantados llevaban el carro entre empellones, contra un tamarisco quebraron el timón y tras los fugitivos corrieron hacia Ilión. Adrasto, ya de hruces y en las ruedas cogido, vio venir al Atrida lanza en mano; al instante, abrazado a sus piernas y anheloso el semblante:

—Aprisióname, Atrida, es todo lo que pido —le decía—, y en pago ganarás un tesoro! Mi padre abunda en bronces, hierro labrado, oro. Al saberme cautivo de las naves aqueas, mandará rescatarme con valiosas preseas.

Movióse Menelao, y ya con su escudero lo mandaba encerrar en los raudos veleros, cuando acude y lo increpa Agamemnón a gritos: —¡Ah dulce Menelao! ¿Por qué tal compasión? ¿Tanto honraron tu casa los teucros? Yo no admito que escape de la muerte ningún hijo de Ilión. ¡Mueran los prisioneros, mueran las criaturas que palpitan aún en el claustro materno y el abandono eterno sea su sepultura!

Frenó al piadoso hermano con tal exhortación, y Adrasto, repelido, fue a caer en las manos del rey Agamemnón, que al punto se abalanza, pasa el flanco y derriba de espaldas al troyano, y pisándole el pecho desencajó la lanza.

En tanto, a voces Néstor fustigaba a su gente: —¡Oh, ministros de Ares y dánaos valientes! Combatamos ahora, nadie se quede atrás por hacinar despojos, ya llegará el momento de acarrear cadáveres y armas además hasta nuestros navíos y nuestro campamento.

2. HÉCTOR DEJA EL FRENTE

Y pujan los aqueos, de Ares poseídos; y huyen acosados los teucros rumbo a Ilión, cuando Héleno Priámida, el augur escogido, dice a Héctor y a Eneas: —Pues troyanos y licios penden de vuestro ánimo y vuestra decisión —que superáis a todos en el valor y el juicio—, Héctor y Eneas, id y detened la gente; quedaos impidiendo que se nos amedrente y, huyendo por las puertas, vaya a buscar abrigo al lado de las hembras, risa del enemigo. Mientras los confortáis, aunque ya nos abate la fatiga, nosotros aquí nos quedaremos luchando con los dánaos y dándoles combate, que la necesidad obliga a tal extremo. Tú, Héctor, te me entras después por la ciudad, pides a nuestra madre que junte a las matronas del pueblo, y vayan todas al templo de Atenea la Ojizarca, y que abra el augusto recinto y deje en las rodillas de la inmortal persona el peplo más hermoso que en la mansión posea, el que ella más aprecie, el más labrado y tinto, y doce añales vacas indemnes de aguijón ofrezca en sacrificio. ¡A ver si la ciudad, las esposas, los niños, merecen su piedad, y se digna salvar a la sagrada Ilión del que así nos derrota, del hijo de Tideo, el más embravecido de todos los aqueos! No es peor Aquiles de sangre belicosa, el príncipe a quien dan por hijo de una diosa. Éste tiene más ímpetus, y por mí mismo veo que nadie se compara al hijo de Tideo.

Así les habla, y Héctor no desoye al hermano. Salta armado del carro, blandiendo agudas lanzas, se entra por las filas, y nueva confianza les infunde. Sublévase la furia, y los troyanos dan media vuelta y cierran con tan feroz pujanza que los argivos ceden y paran de luchar. Temen que un dios venido del estrellado cielo preste a los adversarios su brazo tutelar. Y Héctor a grito herido, encendía su celo: —¡Bravos teucros y aliados, la fama os enaltezca! ¡Mostrad que sois varones, combatid con tesón! Yo a las damas troyanas y próceres de Ilión voy a pedir que recen y hecatombes ofrezcan para que nos amparen los Bienaventurados.

Partió. Radiaba el casco vivas fulguraciones. La negra piel que orlaba su escudo abollonado le batía al correr la nuca y los talones.

3. GLAUCO Y DIÓMEDES

Glauco, el hijo de Hipóloco, y el hijo de Tideo, de uno en otro encuentro se hallaron frente a frente entre las dos legiones, y Diomedes valiente:

—¿Quién eres, orgulloso mortal, a quien no creo haber visto en la guerra, gloria de los varones? Pues afrontas mi lanza y a mi paso te opones, de todos los guerreros tú eres el mejor. Hijo es de padre mísero quien reta mi furor. Más si, como semejas, eres un inmortal, yo no quiero más luchas con un dios celestial. Licurgo, hijo de Driante, pronto pagó el error de agredir a los dioses. En la montuosa Nisa, con su aguijada un día persiguió a las nodrizas de Dióniso, aquel del báquico furor.

Los tirsos arrojaron al ver que el homicida cargaba sobre ellas con la pica buida, y el dios despavorido se zambulló en el mar. Tetis lo recibió convulso en su regazo. Los dioses se indignaron, y el Crónida sin par cegó al torpe Licurgo que murió en breve plazo. Con los dioses no quiero riñas... Si eres mortal nutrido por la tierra, ven a buscar tu mal.

Y el claro hijo de Hipóloco: —¡Magnanimo Tidida! ¿Que quién soy me preguntas? Cual la generación de las hojas se mudan los linajes humanos. Barre el viento las hojas por la selva, y vestida la halla la primavera de nueva floración: ¡tal suceden los jóvenes a las tropas de ancianos! Nacen unos, perecen otros... Pues lo has querido, te diré mi linaje, de muchos conocido. Es Éfira ciudad escondida en la Argólida, plantel de potros, tierra de Sísifo el Eólida, hombre de inmensa astucia que fue progenitor de Glauco; éste lo fue del gran Belerofonte, a quien dieron los dioses gentileza y valor. Será fatal

que Preto lo acose y se le afronte, quien, por gracia de Zeus, impera con rigor en los argivos. Víctima de sus maquinaciones, irá Belerofonte al destierro; que Antea la reina acariciaba secretas intenciones de seducir al héroe. Todo vana tarea: era Belerofonte de limpio proceder. Y la falaz Antea: —"Oh, rey, o muere, o mata —le dijo— al que pretende forzar a tu mujer!" Más Preto, aunque iracundo, procedió con malicia: no da la muerte al héroe, que algún temor lo ata. Lo encarga de un mensaje a la distante Licia, y en plegadas tablillas graba un signo mortal para que, al ver su suegro la secreta señal, dé muerte al portador. Belerofonte inicia su viaje protegido por los dioses, y llega a las tierras que el Janto pródigamente riega. Recibiólo el monarca con trato liberal. Lo hospedó nueve días, mató otras tantas reses. Y a la décima aurora de sonrosados dedos, solicitó el mensaje de su yerno real. En viendo las tablillas, causa de mil reveses, mandó a Belerofonte que muestre su denuedo matando a la invencible y espantosa Quimera, engendro sobrehumano, cabeza de león, cuerpo como de cabra y cola de dragón, cuyo resuello era una encendida hoguera. Triunfó Belerofonte con el favor divino, mas para otras pruebas lo guardaba el destino. Pronto se halló en combate con los terribles sólimos, él más rudo —decía— que tuvo con mortales. Venció en tercer lugar al ejército indómito de Amazonas, guerreras a los hombres iguales. Y ni al volver en triunfo acabaron sus males, porque el rey le armó una celada subrepticia con los hombres más bravos de la espaciosa Licia. Ninguno salió vivo, a todos dio la muerte el gran Belerofonte. Y el rey al fin advierte que el huésped era vástago de linaje divino. Casólo con su hija, lo recogió a su lado, con él partió el gobierno; y todos los vecinos le destinaron óptimos vergeles y sembrados para que los labrase a su sabor. La esposa, andando el tiempo, diole tres hijos afamados: eran Isandro, Hipóloco y Laodamia hermosa, que file amada del próvido Zeus. De aquella unión nació, rival de dioses, el bravo Sarpedón, ilustre por las armas. Mas a Belerofonte dejaron de su gracia los dioses soberanos, y andaba por los campos de Ale y por el monte, royendo su amargura lejos de los humanos. Y el insaciable Ares hizo morir a manos de sólimos a Isandro; y Ártemis, en su enfado —la de las riendas áureas—, dio la muerte a su hija. Yo he nacido de Hipóloco, que a Troya me ha enviado mandándome que siempre me destaque en la guerra, y que supere a todos, y que en todo me rija por el glorioso ejemplo de mis antepasados, los valientes de Éfira y de la licia tierra. Tal es mi

alcurnia ilustre, tal es la sangre mía.

Diomedes el pujante, henchido de alegría, clavó en el almo suelo la pica, y al instante dijo al pastor de hombres con urbana amistad:

—Pues sábete que heredas nuestra hospitalidad. Porque a Belerofonte, antaño, en su mansión, tuvo Eneo por huésped durante veinte días, y ambos trocaron prendas, presentes de valía: un tahalí purpúreo de mucha estimación dio al gran Belerofonte el divinal Eneo, y a éste le dio el otro la copa de dos asas, labrada en oro fino, que guardamos en casa. No tengo ya memoria de mi padre Tideo; cuando partió a la guerra era yo aún muy niño, y en Tebas se deshizo el ejército aqueo. Eres mi huésped de Argos, y con igual cariño sé que habrás de acogerme cuando yo vaya a Licia. Las lanzas depongamos: no sería justicia que así nos arrebate la muchedumbre fiera. Sobran teucros y aliados a quienes dar la muerte, si los dioses permiten que ataje su carrera, y no te faltan dánaos para probar tu suerte y hacer lo que te cumple de la propia manera. Troquemos nuestras armas: sea cosa notoria que es la amistad paterna nuestra más alta gloria. Bajaban de los carros, y en prueba de amistad se estrecharon la mano. Zeus Crónida entonces nubló el juicio de Glauco, pues por armas de bronce cambió sus armas de oro, armas de calidad que valían cien bueyes, mientras las del Tidida con sólo nueve bueyes fueran retribuidas.

4. HÉCTOR Y HÉCUBA

En las Puertas Esceas, donde crece la encina, se agolpan las mujeres e hijas de troyanos pidiendo a Héctor nuevas de sus hijos, hermanos, amigos y maridos. Pero él sólo atina a encargarles que imploren a los dioses lejanos: ¡tal duelo les aguarda! Llegado al opulento palacio del rey Príamo —los pórticos bruñidos, el ala de cincuenta alcobas, con pulidos muros de cantería, que daban aposento a sus cincuenta hijos y a sus cincuenta esposas, y el atrio, doce cámaras de techados y losas donde sus castas hijas dormían con sus yernos—, halló a su noble madre que venía buscando a su hija Laódice, la hija más hermosa.

Asiólo de la mano, y con afán materno: —¿Por qué dejaste, hijo, el combate nefando? Sin duda los aqueos de nombre aborrecido el cerco han reducido, y tu gran corazón te mueve a recurrir con manos implorantes, en lo alto del Acrópolis, al augusto Cronión. Yo el melífero vino traeré cuanto antes. Brindarás a los dioses la sacra libación y beberás el resto, pues vienes extenuado de luchar por los tuyos, y en el vino hay virtud que devuelve a los hombres la fuerza y la salud.

Responde el magno Héctor del yelmo empenachado: —No, madre honrada, apártame ese vino de miel, que el valor y los ímpetus puedo dejarme en él, y al Amo de las Nubes desparramar no debo con las manos impuras las negras libaciones, ni puedo presentármele mostrando estos manchones del fango y de la sangre, que así yo no me atrevo. Tú junta a las matronas del pueblo; las esencias aprontad e id al ara para implorar clemencia de Atenea, señora del saqueo. Te humillas ante la diosa de almas crenchas, y en sus rodillas depositas el peplo de más estimación que tengas en tus arcas, aquel que tú prefieras, y doce añales vacas indemnes de

aguijón le ofreces, en espera de que nuestra ciudad, las esposas, los niños, merezcan su piedad, y se digne librar a la sagrada Ilión del que así nos derrota, del sangriento Tidida. Ve, pues, al santuario de la diosa guerrera. Me importa hablar con Paris, ya que escucharme quiera. ¡La tierra se lo trague! Zeus lo echó a la vida para mal de troyanos, de Príamo y su casa. Si él descendiera. al Hades, quedara redimida y olvidada la pena que mi ánimo abrasa.

5. HÉCUBA EN EL TEMPLO DE ATENEA

Así le dijo. Y Hécuba, tomando a la mansión, ordena a las sirvientas buscar a las matronas por la ciudad de Ilión, mientras ella en persona baja al fragante tálamo. Los peplos revolvía bordados por aquellas mujeres de Sidón que el deiforme Alejandro llevó en la travesía del ponto, al mismo tiempo que a Helena la del claro linaje. Allá en el fondo del arca halló el más raro, recamado y hermoso, el que resplandecía como astro de la noche; y a la diosa Atenea, encabezando el séquito, se fue con la presea.

Llegadas al Acrópolis, abrió el templo Teano, bella hija de Ciseo y esposa de Antenor el jinete, escogida por el pueblo troyano para sacerdotisa de la diosa guerrera. Todas alzan las manos con lúgubre clamor; toma el peplo Teano, la de frescas mejillas, allégalo a la diosa del alma cabellera, y orando con fervor lo deja en sus rodillas:

—¡Dueña de la ciudad, venerada Atenea, divina entre las diosas! Óyenos y concede que, en las Puertas Esceas, rota el asta, Diomedes ruede al polvo; y tus aras honrará la oblación de doce añales vacas indemnes de aguijón, para que al fin disfruten de tu benignidad los niños y mujeres que pueblan la ciudad.

Mas Palas Atenea desoye su oración.

6. HÉCTOR Y PARIS

Mientras ellas imploran a la hija del Cronión, iba Héctor camino de la regia morada que él ofreció a Alejandro y que fue edificada por óptimos artífices de la feraz Ilión. Patio y tálamo y sala cubrían un espacio del alta ciudadela, cercano a los palacios de Príamo y de Héctor. Entra, pues, el varón de Zeus. Llega armado con su pica de once codos, virola aurea y el espigón de bronce, que su paso anunciaba con un haz de reflejos. Alejandro en la cámara sus armas repulía —peto y escudo espléndidos—, y probaba el manejo del corvo arco, y Helena la argiva dirigía labores primorosas que urdían sus sirvientas. Héctor aborda a Paris con palabras violentas:

—¡Insensato! —lo increpa—. Despechado te hallas; más tu encono es dañino cuando ya en las murallas mueren los defensores, y. el bélico clamor que acusa tus desmanes se alza en derredor, y no perdonarías tú mismo a los cobardes. Levántate y acude antes que sea tarde y las voraces llamas consuman la ciudad.

Y contestó Alejandro, igual a una deidad: —Héctor, pues me reprendes con razón y mesura, yo quiero contestarte, y escucha lo que digo: Contra el pueblo troyano ningún encono abrigo; sólo quise encerrarme aquí con mi amargura. Mi esposa ahora mismo me instaba con ternura a recobrar las armas. También yo lo prefiero, que al cabo es muy cambiante la suerte del guerrero. Aguarda a que revista mis arreos marciales, o ve delante: pronto me verás a tu lado.

Héctor del casco airoso permaneció callado, y Helena dijo entonces con palabras leales:

—¡Ay, miserable perra de quien eres cuñado! ¿Por qué, cuando mi madre me dio el ser, al momento no me arrancó a sus brazos un tempestuoso viento? Si al monte, si al sonoro mar me hubiese arrojado, juguete de las olas, nada hubiera pasado. Mas, si plugo a los dioses consentir tales daños, fuera al menos la esposa de un pujante varón, sensible al mal ajeno y a la reprobación, Pues este hombre sin ímpetus sólo entiende de amaños, y el fruto merecido temo que ha de lograr. Mas entra, hermano mío, siéntate a descansar en esa silla: traes el corazón rendido; que por mí, descarada, tanto dolor apuras, y por la odiosa culpa de mi nuevo marido. Quiso Zeus que fuéramos pasto a las desventuras para inspirar la fábula de las razas futuras.

Y le responde Héctor del casco tremolante: —Aprecio tu intención, mas ni por un instante esperes persuadirme, Helena: el corazón se me va con mis teucros que ya están impacientes. Haz que me siga ese hombre, y sea prontamente, y se me junte mientras ando por la ciudad. Debo ir a mi casa, ver a la servidumbre, a mi esposa querida, a mi niño de edad tan tierna, porque ahora vivo en la incertidumbre: ¿Si volveré a su lado, o si será el deseo de los dioses vencerme por mano del aqueo?

7. LOS ADIOSES DE HÉCTOR Y ANDRÓMACA

Así dijo, y partió. Y su morrión fulgura al paso que a sólido recinto se apresura. Su Andrómaca de níveos brazos no aparecía, que en lo alto de la torre lloraba y se plañía, seguida por el aya de hermosas vestiduras que con la criatura le hace compañía. Como no hallara en casa a la esposa excelente, Héctor desde el umbral interpela a su gente:

—¡Ea esclavas! —les grita—. Decid sin embarazo adónde ha ido Andrómaca la de los blancos brazos. ¿Tal vez dejó el palacio por ver a mis hermanas, o está con mis cuñadas de galas ostentosas? ¿O al templo de Atenea con las crespas troyanas se fue para implorar la gracia de la diosa? Y la fiel despensera contesta diligente: —Pues tú lo mandas, Héctor, escucha la verdad. Ni está con tus cuñadas de mantos esplendentes, ni está con tus hermanas, ni fue con las troyanas de lindas cabelleras al ara de Atenea, por ver si así se aplaca la terrible deidad. Mas, sabiendo que el ímpetu de los teucros flaquea, teme nuestra derrota, teme el triunfo enemigo, y enajenada, al muro corrió de la ciudad, y a tu hijo y al ama se ha llevado consigo.

Habló la despensera, y el varón con premura desanduvo las calles, la bien trazada Ilión, y en las Puertas Esceas que dan a la llanura y donde ya lo llama de cerca la pelea, halló a la rica Andrómaca, heredera de Eetión, el magnánimo rey que fue de los cilicios a las faldas del Placo y entre los precipicios de Tebas de Hipoplacia: tal era su ascendencia. En viendo al hombre armado, movida de impaciencia, ella corre a su encuentro con loco desaliño, seguida por el ama que en brazos lleva al niño. El escogido Hectórida parecía una estrella! Escamandrio lo llama su padre, y en Ilión Astianax lo apodaban, porque en su padre sellan la última

esperanza para su salvación. Sonreía el Priámida al ver al hijo amado. Andrómaca llorosa se detuvo a su lado, y dijo sacudiendo la mano del varón:

—¡Ciego! ¡Tu mismo arrojo te perderá sin duda! ¿No temes por tu huérfano ni te apiada tu viuda, si en tumulto los dánaos se arrojan contra ti? ¡Trágueme antes la tierra si ése ha de ser tu sino! Muerto tú, sólo habrá dolor en mi camino. Mis venerados padres... ya ves que los perdí. Fetión cayó al empuje de Aquiles el divino, que abrió las altas puertas de Tebas, mi ciudad, y diezmó a los cilicios. Mas tuvo aún piedad: no arrebató a mi padre las regias armaduras, antes dio su cadáver y sus armas al fuego y le alzó digno túmulo; y allí las ninfas luego, hijas del Porta-Égida que pueblan la espesura, rodearon de álamos el sitio funeral. Crecí entre siete hermanos, murieron en un día; que el alígero Aquiles, a los dioses igual, los sepultó en el Hádes cuando ellos apacían tropas de tardos bueyes y cándidos cameros. A mi madre, señora en el Placo selvoso la trajo como parte de su botín cuantioso y la dio libre a trueque de un patrimonio entero. Mas la Arquera Ártemis le descargó la mano, en la casa paterna, donde buscó reposo. Héctor, tú eres ahora padre, madre y hermano, y a un tiempo, de esta mísera el floreciente esposo. Ten compasión, y guárdate aquí como te digo. No hagas a tu hijo huérfano y a tu mujer viuda. Junta a todas tus huestes allá en el cabrahigo, donde el muro troyano requiere más ayuda. Los Ayaces bravíos, el claro Idomeneo, los Atridas, el fuerte retoño de Tideo, los más fieros argivos y de valor más alto han concentrado allí tres veces el asalto. O ya por los oráculos alguien les dio noticia, o los guían su arrojo y su propia pericia.

Replica el grande Héctor del casco tremolante: —Pienso en lo que tú piensas, como tú me acongojo. Mas fueran más punzantes mi duelo y mi sonrojo si teucros y troyanos de peplos rozagantes vieran que me sustraigo a la dura porfía. Ni puede aconsejármelo tampoco el corazón: siempre en las delanteras luché con valentía como me lo imponían la propia estimación, la gloria de mi padre y mi generación. El corazón lo sabe, y ya en el alma mía no hay sombra de esperanza ni asomo de ilusión. Hora vendrá en que caigan la

sacrosanta Ilión y sus lanzas de fresno y Príamo y su grey. Mas ni el mal que se cierne ya sobre los troyanos, y ni el dolor de Hécuba o de Príamo el rey, ni el destino que espera a mis nobles hermanos cuando en el polvo rueden, del enemigo a manos, me angustian cual la negra suerte que te amenaza, si tal vez un aqueo de sólida coraza cautiva te arrebata, sin oír tus amargos lloros, para que tejas en un telar de Argos, o el agua traigas desde la fuente Meseida o la fuente Hiperea, el alma ensombrecida y bajo el triste imperio de la necesidad. Quizás al ver tus lágrimas exclamen sin piedad: "¿Y era ésta la esposa de Héctor, campeón sumo de los troyanos domadores de potros, que desaparecieron luchando con nosotros, allá cuando el asedio de la murada Ilión?" Y hará muy más crueles aún tus aflicciones la ausencia del que pudo recuperar tu honor. ¡Ay, que sobre mis huesos la tierra se amontone! ¡No te vea raptada ni oiga yo tu clamor!

Y el claro Héctor tiende las manos a su hjjo, que grita amedrentado, procurando el cobijo de la galana esclava de la gentil cintura. Le espanta ver al padre ceñido en la armadura, lo asusta el bronce, el hopo de crines que ondeaba terrible sobre el yelmo. Y ambos ríen a una, el amoroso padre, la madre venerada. Deja Héctor por el suelo su casco refulgente, al tierno niño besa y en sus brazos lo cuna, y a Zeus y a los dioses levanta la mirada:

—¡Zeus y demás dioses! —dice—. Otorgad clementes que el hijo mío sea como su padre ha sido, campeón escogido y orgullo de su gente; que poderoso reine sobre la vasta Ilión; que cuando vencedor vuelva de la pelea, digan todos al verlo: "¡Vale más que el varón a quien debe la vida!", y al botín que acarrea con los restos cruentos del que supo vencer, el alma de su madre se encienda de placer! Dice, y al hijo en brazos de la madre confía. Fragante el seno, ella lloraba y sonreía.

Compadecido Héctor, exclama: —¡Dulce esposa! —al par que la sosiega con mano cariñosa—. No dejes que la pena rinda tu

corazón. No ha de llevarme Hades sin orden del destino, que es de cuantos nacieron el natural camino, y bravos ni cobardes alcanzan remisión. Vuelve a tu casa y rueca, tus esclavas y aperos, y deja a los troyanos, y a Héctor el primero, las cosas de la guerra y el resguardo de Ilión.

Así dice y recobra el crinado morrión. Y ella, mientras se aleja, la cabeza volvía, bañado el rostro en lágrimas que copiosas vertía. Devuelta ya al palacio de Héctor, matador de hombres, las esclavas lloran en su redor... ¡Llora su casa a Héctor, que vive todavía, mas nadie espera verlo salir de la porfía, que todos los aqueos lo acosan con furor!

8. HÉCTOR Y PARIS VUELVEN AL FRENTE

Nada demora Paris en el palacio enhiesto: Apenas las broncíneas armaduras se ha puesto, y ya en alarde atlético recorre la ciudad. Garañón impaciente que del ronzal se arranca, harto ya del establo y la cebada blanca, el río en que lo bañan busca con ansiedad, atronando al galope los campos y el potrero, y la cerviz levanta y las crines sacude, y con zancadas ágiles al pastadero acude venteando las yeguas, tal, gozoso y ligero, el Priámida Paris de Pérgamo bajaba, y sus armas lucían y como el sol cegaban. Pronto dio alcance a Héctor cuando apenas volvía de despedir a Ándrómaca, y dijo: —Temo, hermano, encontrarte impaciente por la tardanza mía, pues no vine tan pronto como tú lo querías. Así dice Alejandro, divino el continente, y le replica Héctor del casco refulgente:

—¡Cuán singular te veo! Sería injusto y vano negar que eres osado y diestro en los combates; mas luego te destemplas y tú solo te abates, y mi alma se subleva si oigo a los troyanos, víctimas de tu culpa, cubrirte de baldones. Para mejor sazón queden mis reflexiones; para cuando en palacio, si lo permite Zeus, brindemos a los dioses, con las gozosas nuevas, la crátera del triunfo por nuestra libertad, y hayamos expulsado en masa a los aqueos (¡los guerreros aqueos de las radiantes grebas!), de la Tróade entera del campo y la ciudad.

LECTURAS COMPLEMENTARIAS

Erich Auerbach, Mimesis, La representación de la realidad en la literatura occidental, FCE, 1988.

Gilbert, Highet, La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental, FCE, 1986. 2 vols.

Alfonso Reyes, La crítica en la edad ateniense. La antigua retórica. Obras completas de Alfonso Reyes, t. XIII, FCE, 1983. / Religión griega. Mitología griega, t. XVI, 1989. / Los héroes. Junta de sombras, t. XVII, 1983. / Estudios helénicos, t. XVIII, 1982. / Los poemas homéricos, t. XIX, 1982. / Rescoldo de grecia. La filosofía helenística. Libros y libreros en la Antigüedad, t. XX, 1979.

ÍNDICE

Prólogo

I. La peste y la cólera

1. Preludio

2. La peste

3. La disputa

4. Aquiles ofendido

5. Criseida a Crisa

6. En el Olimpo

III. Los juramentos y Helena en las murallas

1. Desafío de Paris

2. Helena en las murallas

3. El pacto

4. El duelo singular

5. Paris y Helena

6. Intimación de los aqueos

VI. Héctor y Andrómaca

1. Prosigue la batalla

2. Héctor deja el frente

3. Glauco y Diomedes

4. Héctor y Hécuba

5. Hécuba en el templo de Atenea

6. Héctor y Paris

7. Los adioses de Héctor y Andrómaca

8. Héctor y Paris vuelven al frente

FONDO 2000 *ofrece una selección de los grandes temas y los grandes autores de la cultura universal*

Homero

LA PESTE Y LA CÓLERA
RAPSODIAS SELECTAS DE LA ILIADA

Al componer el largo poema titulado *Iliada*, Homero realizó una suerte de historiografía poética y una suerte de arqueología literaria, pues los hechos que refiere pertenecen a un pasado que había ocurrido cuatro siglos antes de su vida. También sentó las bases de la literatura de Occidente.